

# Don Quijote y su amigo Sancho



José María Sánchez Osuna

## CAPÍTULO I

En un lugar de la Mancha, de cuyo nombre no quiero acordarme, no hace mucho tiempo vivía un caballero, al que todos conocían por el nombre de don Quijote. Éste poseía una lanza, un escudo muy viejo, un caballo muy delgado y un perro galgo.

Don Quijote, por aquel entonces tenía algo más de cincuenta años, y era de constitución recia, delgado de carnes, enjuto de rostro, muy madrugador y amigo de la caza.

Don Quijote con lo que más se divertía era leyendo libros de aventuras, que por aquellos tiempos eran los de caballería. Tantos libros leyó que el pobre caballero llegó a perder la razón, creyéndose ser el protagonista de todos aquellos cuentos.

Una mañana del mes de julio, justo antes de que amaneciera, don Quijote decidió hacer realidad sus sueños y salir en busca de una aventura. Así, sin pensárselo dos veces se fue hasta el establo y ensilló a Rocinante, un viejo caballo de color blanco y largas crines, que era tan delgado que todos los huesos se le contaban. Y también silbó a su

perro galgo, que acudió a la llamada de su amo sin mucha alegría y royendo un hueso.

De ese modo entendió don Quijote que había llegado el momento de la partida y sin despedirse de su sobrina, una joven muchacha que vivía con él, subió en su caballo y abandonó su casa radiante de felicidad.

Una vez en las afueras, don Quijote cabalgó en aquel caluroso día sin que le ocurriera ningún suceso digno de contar. Tan sólo se encontró con la compañía de los gorriones que volaban muy bajito entre los rastrojos de los campos de trigo, también pudo escuchar los cánticos de las cigarras, el clamar de los cuclillos y el zumbido desagradable de las moscas, que Rocinante se quitaba de encima a fuerza de mover la cola.

Al anochecer, don Quijote se encontraba muy lejos de su hacienda y estaba tan cansado y con tanta hambre, que decidió buscar un lugar donde cobijarse. Teniendo la fortuna de hallar una venta en el camino, a la que confundió con un castillo.

Cuando llegó a las puertas de la posada, solicitó a una joven que allí había,

que tuviera la amabilidad de llamar al señor de la fortaleza. Pero la fortaleza no tenía señor sino ventero, que era un poco bromista y que se había dado cuenta de la falta de juicio de nuestro caballero.

A todo esto, don Quijote que tenía mucha hambre, le llegó el suave aroma de pescado asado, por lo que solicitó a su anfitrión que tuviera a bien de invitarlo a cenar. A lo que le respondió el ventero, si traía dineros.

—¡Dineros! —alegó don Quijote con cierto asombro—, ¿desde cuándo un caballero andante ha de llevar blanca?

Mientras tanto, nuestro hidalgo decidió pasar la noche, no durmiendo sobre un confortable camastro sino vigilando sus armas delante de una pila donde se daba de beber a las bestias.

En esas andaba, cuando a un mozo se le ocurrió dar agua a su mula, pero como las armas le interrumpían hubo de apartarlas. Por lo que don Quijote muy ofendido le dijo:

—¡Atrevido caballero, como osas tocar las armas del más valeroso andante que jamás ciñó espada! Mira lo que haces, y no



las manosees, si no quieres dejar la vida en pago de tu atrevimiento.

El mozo que era muy bruto y pendenciero, comenzó a reírse de don Quijote, a lo que éste le respondió dándole un mamporrazo con el escudo en la cabeza.

Los compañeros del muchacho, al ver la escena, comenzaron a arrojarle piedras a don Quijote, que no pudo hacer otra cosa que protegerse con su viejo escudo hasta que llegó el ventero.

## CAPÍTULO II

A la mañana siguiente, volvió don Quijote nuevamente a la aventura, no sin antes haberse despedido del ventero y agradecerle su hospitalidad. Una vez en el campo, espoleó a Rocinante para que galopara, pero el viejo jamelgo lo único que

pudo hacer fue dar un tropezón que casi derriba a don Quijote de la montura.

Entretanto, llegaron hasta un cercano bosque poblado de verdes pinos y recias encinas, y se detuvieron para descansar junto a un riachuelo de mansas aguas. Mientras Rocinante y el perro bebían en un recodo que hacía el arroyo, don Quijote tomó asiento bajo la sombra de una mimbre y se durmió, no sin antes haberse tomado un buen trozo de queso acompañado de unas rebanadas de pan que llevaba en la faltriquera.

Cuando despertó era media tarde y reemprendió su camino, adentrándose por una estrecha vereda que conducía a lo alto de una loma, desde la cual se podía observar las grandes llanuras que conformaban la región, tratándose la mayoría de campos baldíos, donde los únicos seres que parecían habitarlos eran los lagartos de largas colas y algún que otro cernícalo de pausado vuelo.

Llevaría don Quijote andadas dos millas, cuando divisó en la lejanía un grupo de comerciantes a caballo que se dirigían a Murcia para comprar sedas. Pero don Quijote en su locura imaginó que éstos eran unos príncipes que habían secuestrado a su amada

señora doña Dulcinea del Toboso, por lo que los esperó en medio del camino. Y cuando los comerciantes llegaron su altura, levantó don Quijote la voz y con ademán arrogante les dijo:

—¿Sois vos altezas reales, quiénes habéis secuestrado a la doncella más hermosa de La Mancha, la sin igual doña Dulcinea del Toboso?

Los comerciantes que eran algo bromistas, se dieron cuenta de la locura de nuestro caballero, decidieron continuar la conversación.

—Sí, nosotros la tenemos en nuestro poder, pero no estamos dispuestos a entregárosla sin que con anterioridad nos ofrezcáis un rescate.

Al oír estas palabras don Quijote enfureció, arremetiendo con la lanza contra uno de los imaginarios secuestradores, con tanta furia y enojo, que si la buena suerte no hiciera que en mitad del camino tropezara cayendo de Rocinante, habría destripado al desgraciado mercader.

Al intentar levantarse no pudo hacerlo don Quijote, por la dificultad que le

ocasionaban la lanza, las espuelas y la celada. Y entre tanto decía a grandes voces:

—No huyáis, gente cobarde, que no por culpa mía, sino de mi caballo estoy aquí tendido.

Así estuvo largas horas, hasta que pasó un labrador que era de su pueblo y que lo llevó de vuelta a su casa, donde lo esperaban su sobrina y sus amigos el cura y el barbero. Que una vez le curaron las heridas, decidieron dar solución al problema que tenía don Quijote, quemándole todos los libros de aventuras y caballerías.

—Seguro estoy —decía el cura al barbero— que en cuanto se olvide de ellos, volverá nuestro amigo a ser el de siempre.

Pero se equivocaban, ya que al siguiente día antes de que el alba ocultara las sombras de la noche, don Quijote volvía a ensillar a Rocinante y silbaba al perro galgo, que dormía al amparo de una bala de paja.

Lo primero que hizo nuestro caballero al emprender una nueva aventura fue buscarse un escudero, que no es otra cosa que un sirviente, para que lo acompañara y le ayudara a transportar sus pertenencias.

Por lo que se acercó hasta la hacienda de un vecino suyo llamado Sancho Panza, que era un labrador, al que convenció ofreciéndole ser rey de un pequeño país si lo seguía. Sancho que era corto de luces y algo inocente no dudó de la oferta y apañando su burro se puso en camino a la par de don Quijote.

Iba Sancho sobre el burro como un emperador, presumiendo de sus alforjas y de su bota de vino cuando descubrieron treinta o cuarenta molinos de viento que había en aquellos parajes. Y así don Quijote los vio dijo a su escudero:

—La aventura va guiando nuestros pasos mejor de lo que pensábamos, amigo Sancho, observa en la lejanía y verás una tropa de gigantes, a los que pienso presentar batalla y quitarles a todos la vida, de ese modo obtendremos importantes riquezas...

—¿Qué gigantes? —dijo Sancho Panza.

—Aquellos que ves —le respondió don Quijote, señalando con la lanza— de los brazos largos.

—Mire vuestra merced —le expresó Sancho— que aquellos no son gigantes, sino

molinos de viento, y lo que considera brazos son las aspas.

—Me parece Sancho que estás algo tonto. Ellos son gigantes, y si te dan miedo quítate de en medio y ponte a rezar, que voy a matarlos ahora mismo.

Y diciendo esto, espoleó a Rocinante, mientras Sancho le gritaba que aquellos eran molinos de viento, y no gigantes. Pero don Quijote en su afán guerrero no escuchaba las voces de su escudero, ni se daba cuenta, aunque estaba ya cerca, lo que eran, sino que gritaba:

—No huyáis, cobardes y viles criaturas; que un solo caballero es el que os ataca.

A todo esto, se levantó un poco de viento, y las aspas de los molinos comenzaron a girar, a lo que dijo don Quijote:

—Pues, aunque mováis más brazos que los del gigante Briareo, me lo habéis de pagar.

Tiempo en que recordó a su amada Dulcinea, apoyó la lanza en el ristre y arremetió a galope contra el primero de los molinos que halló a su paso, dándole una

lanzada en el aspa. Pero el viento era tan fuerte que hizo la lanza pedazos, llevándose tras de sí al Rocinante y a don Quijote, que fueron rodando muy maltrechos por el campo.

A lo que acudió Sancho Panza para socorrerles, encontrando a don Quijote que no se podía mover, tal fue el golpe que dio al caer del caballo.

Una vez repuestos del batacazo y del susto, siguieron el camino en dirección a Puerto Lápice. Y mientras cabalgaban, a Sancho le entraron unas terribles ganas de comer. Pero no así a don Quijote, que le dijo que comiera cuanto se le antojara, que a él no le hacía falta. Por lo que Sancho se acomodó, lo mejor que pudo en el burro y, sacando de las alforjas lo que en ellas había puesto, iba comiendo y bebiendo de la bota mientras el jumento andaba con la cabeza gacha y las orejas caídas detrás de Rocinante.

### CAPÍTULO III

De esa manera, cabalgaron varias jornadas en la que transitaron por caminos abandonados, campos baldíos y pueblos desconocidos.

Y mientras lo hacían, don Quijote iba llenando la cabeza de su amigo Sancho de cientos de historias y miles de aventuras. También intentaba hacerle memorizar el nombre de alguno de los más afamados caballeros.

Pero para Sancho todo aquello sonaba a campanas, ya que era muy corto de entendimiento. Repentinamente, don Quijote se quedó rígido sobre Rocinante y tras unos instantes de otear el infinito, dijo:

—¿No oyes Sancho, el relincho de los caballos, el tocar de los clarines, el ruido de los tambores?

—No mi señor, un servidor no escucha más que el sonar de campanas y el balido de ovejas y carneros.



Y esa era la verdad, porque en la lejanía se distinguían dos rebaños que se aproximaban lentamente, caminando por entre un rastrojo de trigo.

—El miedo que tienes —dijo don Quijote— te hace, Sancho, que ni veas ni oigas a derechas. Retírate a un lado y déjame solo para ganar esta batalla.

Diciendo estas palabras, picó una vez más espuelas a Rocinante, y se puso la lanza en ristre para cabalgar locamente hacia las ovejas.

Mientras, el pobre Sancho, que no ganaba para sustos, comenzó a gritar a su amo:

—¡Vuelva vuestra merced, señor don Quijote; que son carneros y ovejas a los que vais a embestir!

Pero nuestro caballero, no parecía escucharlo sino que galopaba cada vez a mayor velocidad, hasta que se metió por entremedio de las ovejas y comenzó a lancearlas a diestro y siniestro.

Los pastores no podían creer lo que estaban presenciando, por lo que se enfadaron y la emprendieron con don Quijote lanzándole piedras. Con la mala fortuna de

que un pedrusco fue a estrellársele en la cara, llevándose tres o cuatro dientes.

Entre tanto Sancho, en la distancia observaba las locuras de su amo, y arrancábase los pelos de la barba maldiciendo la hora en que don Quijote se había cruzado en su vida.

## CAPÍTULO IV

Tras el percance de las ovejas, donde volvieron a salir malparados, ya que los pastores no solo propinaron una gran paliza a don Quijote, sino que también le robaron, al bueno de Sancho, las alforjas donde llevaban la comida.

La noche se les echó encima y la oscuridad envolvió el campo. Los sonidos, que hasta aquel momento eran de cigarras y gorriones, cambiaron por los de los grillos y

algún que otro búho. Repentinamente, vieron acercarse por el camino a un gran número de lumbres, que les parecieron estrellas en movimiento, y que causaron el asombro en don Quijote y Sancho, que detuvieron las cabalgaduras para quedarse boquiabiertos mirando atentamente lo que podía ser aquello.

Advirtieron que las lumbres se iban aproximando hacia ellos, y mientras más se acercaban mayores parecían. Por lo que Sancho comenzó a temblar de miedo, a la par que los cabellos se le erizaban a don Quijote.

—Esta, sin duda, Sancho, debe de tratarse de otra peligrosa y gran aventura, donde será necesario que muestre todo mi valor.

>> Aunque sean terribles fantasmas, no consentiré que te toquen un pelo de la ropa.

Al poco tiempo descubrieron una multitud de personas ocultas bajo una túnica negra y montadas a caballo, que aterrorizaron tanto a Sancho que los dientes empezaron dentellearle como si estuvieran en pleno mes de diciembre.

Detrás de los caballeros fantasmagóricos se descubría una litera

cubierta de negro, a la que seguían otras tantas cabalgaduras. Iban los componentes del grupo rezando una oración en voz baja y, don Quijote imaginó que la litera llevaba algún caballero mal herido, cuya venganza a él solo estaba reservada. Por lo que decidió prestarle su ayuda llevando a Rocinante a mitad del camino para interrumpir el paso de la comitiva. Cuando los vio de cerca alzó la voz y dijo:

—Deteneos, caballeros, quienquiera que seáis, y dadme cuenta de quiénes sois, de dónde venís, adónde vais y que es lo que portáis en el palanquín. Pues si es lo que imagino, vengaré al caballero cautivo.

Los caballeros fantasmagóricos no prestaron oídos a don Quijote, pasando de largo. Por lo que nuestro caballero se enfureció y arreó su caballo, arremetiendo contra uno de los enlutados, al que derribó hiriendo en el rostro.

Mientras tanto, el resto de la comitiva que no eran fantasmas sino sacerdotes, que portaban a un caballero muerto, salieron en estampida, pensando que don Quijote no era un hombre, sino la imagen del mismo diablo.

Todo lo miraba Sancho desde lo alto de una roca, asombrado del valor de su señor, y decía para sí: “Sin duda, este mi amo es tan bravo como él dice”.

## CAPÍTULO V

Al poco tiempo de reemprender el camino, se encontraron con un espacioso y escondido valle, en el que decidieron pasar la noche, descansando sobre la verde hierba.

Se vengaron del hambre de todo el día, gracias a unas viandas olvidadas por los sacerdotes en la huída. Así, bajo la luz de la luna y el albor de las estrellas desayunaron, almorzaron, merendaron y cenaron a un mismo tiempo. Dándole satisfacción a sus estómagos con buenos chorizos, sabroso queso y mejor vino.

Al siguiente día, muy de mañana, despertaron nuestros amigos no por la falta

de sueño, sino por los picotazos que les ocasionaban un enjambre de hormigas enfadadas. Y es que Sancho y don Quijote habían acampado sobre un hormiguero, y éstas habían decidido poner remedio al problema como mejor sabían: picando a los visitantes inoportunos.

De ese modo, sin apenas saludarse montaron nuestros aventureros sobre sus jumentos, volviendo al camino que los llevaría a ninguna parte.

Cuando llevaban andadas unas cuantas horas, bajo el sol achicharrante de La Mancha, vieron aparecer por el horizonte una docena de hombres a pie, atados con una gran cadena de hierro. Otros iban a caballo y portaban escopetas y espadas.

—Éstos mi señor —dijo Sancho a don Quijote—, son presidiarios que van a penar sus condenas en las galeras de la Corona.

—¡Diantre! —replicó don Quijote—, no lo puedo consentir amigo Sancho. Pues es mi oficio socorrer y ayudar a los necesitados.

Llegaron mientras tanto los encadenados y don Quijote, como era su costumbre pidió a los guardias que le informaran del delito cometido por cada uno

de los reos. Pero, uno de los guardias de a caballo le respondió que eran malhechores condenados a penar en las galeras.

—Y no hay más que decir, ni vuestra merced tiene más que saber.

Frase esta que encolerizó a don Quijote, ordenando a los guardianes que desataran a los cautivos y los dejaran en libertad.

Como no lo hacían, atacó al primero de los guardias que le salió al paso, instante que aprovecharon los presos para golpear a los soldados, desencadenarse y escapar.

Así, finalizó para don Quijote y Sancho la aventura con los malhechores. Y una vez más tuvieron que poner tierra por medio, antes de que los guardias reaccionen y los detuvieran por salvaguardar a los reos.

Aquella noche llegaron hasta la misma Sierra Morena, y cabalgaron sin descanso coronando peñas y sorteando alcornoques a uno y otro lado. Cuando estaba a punto de amanecer se detuvieron para dar descanso a sus cuerpos y sobretodo a las cabalgaduras, que se encontraban exhaustas. Contingencia que aprovechó Sancho para acercarse hasta

unos pastores, que había en un refugio cercano y pedirles un poco de leche de oveja.

Aún no había vuelto Sancho, cuando don Quijote vio en la lejanía un carro tirado por dos mulas y portando unos llamativos banderines. Circunstancia que lo alertó, sobretodo al pensar, que posiblemente se acercaba un nuevo lance en el que demostrar sus habilidades con la lanza y la espada.

Justamente al regresar Sancho, ya se encontraba nuestro caballero subido sobre Rocinante y exigiéndole que le diera sus armas.

En esto llegó el carro, donde no iba otra gente que el carretero con las mulas y un hombre acomodado en la parte delantera. Púsose don Quijote delante y dijo:

-¿Adónde vais, hermanos? ¿Qué carro es éste? ¿Qué lleváis en él? ¿Qué banderas son éstas?

A lo que respondió el carretero:

-El carro es mío; lo que va en él son dos bravos leones enjaulados que el general de Orán envía al rey y las banderas son las de su majestad en señal de que aquí va cosa suya.



-¿Son grandes los leones? -preguntó don Quijote.

-Tan grandes -respondió el hombre que iba sentado, que era el leonero- que no han pasado mayores ni tan fieros desde África a España jamás. Están hambrientos, porque no han comido hoy, así que ruego a vuestra merced no me entretenga mucho, pues hemos de llegar donde les demos de comer.

A lo que le dijo don Quijote, entre sonrisas:

-¿Leoncitos a mí? ¿A mí leoncitos, y a tales horas? No soy yo hombre que se espante de leones. Bajad, señor leonero y abrid esas jaulas y echadme esas bestias...

-Señor, por Dios no la hagáis -le suplicó Sancho-, pues terminarán devorándonos a todos.

Entonces, gritó don Quijote al leonero, mientras bajaba de Rocinante para combatir a pie con la espada:

-¡Abrid la jaula, os lo ruego señor, o con esta lanza os ensartaré como si fuerais una gallina!

Viendo el leonero la determinación de nuestro caballero, abrió la jaula de uno de los

leones, que tenía el aspecto fiero y bravío. Entre tanto, don Quijote con mucha calma llamó al león como si de un toro se tratase.

Pero el buen león, después de mirar a una y otra parte volvió las espaldas y, tras mostrar su trasero a don Quijote se tumbó para dormirse.

Para nuestro caballero aquel acto del león fue un signo de sumisión, ante su presencia poderosa. Por lo que dirigiéndose hasta el leonero, le señaló:

-Cierra la puerta, amigo, y da testimonio en la mejor forma que puedas de lo que aquí me has visto hacer.

Hízole así el leonero, mientras don Quijote prendía de la punta de su lanza un pañuelo blanco como señal de victoria.

Una vez dejaron atrás al carromato con los leones enjaulados, don Quijote y Sancho, continuaron cabalgando por los estrechos senderos de Sierra Morena. Haciéndolo por lugares inhóspitos y abruptos, casi imposibles para el burro y el viejo caballo. Mientras lo hacían apenas intercambiaban palabra, estando cada uno centrado en lo suyo.

Así llegaron, a eso de mediodía, a lo alto de un cerro en el que aire era puro y el paisaje excepcional. Momento que aprovecharon para descabalar de sus jumentos y darle un trago a la bota de vino. Al mismo tiempo, que don Quijote le decía a Sancho:

—Querido amigo, como verás has tenido una gran fortuna con poder servir a este bravo caballero, a su lado podrás recorrer gran parte del mundo, conocer a los más valientes caballeros, hallar los más ocultos tesoros y sobre todo encontrar la felicidad.

—Sí, mi señor don Quijote —le respondió Sancho, a la par que le quitaba al burro el albardón— en todo lo que decís lleváis razón, pero mientras tanto quien llenará mi panza. Pues sabed, que no tenemos ni una migaja de pan que llevarnos a la boca.

—No os preocupéis de temas tan insignificantes amigo Sancho, Dios proveerá. Y si no lo hace soñar con mejores días, seguro que a mi lado los encontraréis.